pusimos á nuestros bateleros, los que nos respondieron que teníamos mucha razon, siempre que permaneciésemos sentados; pero que no teníamos mas que echarnos del todo, y evitaríamos el peligro. No habíamos ido tan adelante para retroceder. Dí el primero el ejemplo: mi batelero avanzó remando con precauciones que indicaban que, por mas habituado que estuviese á semejante operacion no la miraba sin embargo, como exenta de todo peligro. Por lo que respecta á mí, en la posicion en que estaba, no veia mas que el cielo: al punto me ví levantar sobre una ola, la barca se deslizó con rapidez, y yo no ví mas que una roca, que pareció durante un segundo pesar sobre mi pecho. En seguida, por una repentina transicion, me hallé en una gruta tan maravillosa, que dí un grito de admiracion, y me levanté con un movimiento tan rápido para mirar á mi alrededor que faltó poco para que hiciese zozobrar nuestra embarcacion.

Efectivamente, delante, detrás, encima, debajo, á mi alrededor tenia maravillas de que ninguna descripcion puede dar una idea, y delante de las que aun el pincel, ese gran medio de trasmision de los recuerdos humanos, es impotente. Figúrese cualquiera una inmensa caverna toda de lapis-lázuli, como si Dios se hubiese entretenido en construir una tienda con algun trozo del firmamento: una agua tan límpida, tan trasparente y tan pura, que parecia flotar sobre un aire condensado: el techo con estalactitas pendientes de él como pirámides invertidas; por los costados en el fondo, una arena de oro cubierta en partes por vegetaciones submarinas; á lo largo de las paredes que se bañan en el agua, retoños de coral con ramos caprichosos y relucientes; del lado de la mar un punto, una estrella, por la cual entra el crepúsculo que ilumina este palacio de hada: en fin, á la estremidad opuesta, una especie de estrado adornado como el trono de la suntuosa diosa que ha elegido para su salon de baño una de las maravillas del mundo.

Hubo un instante en que toda la gruta tomó un tinte oscuro, á la manera del que toma la tierra cuando en medio de un dia despejado pasa una nube de repente delante del sol. Era Jadin que entraba á su vez, y cuya barca tapaba la entrada de la caverna. Bien pronto fué lanzado cerca de mí por la fuerza de la ola que le habia elevado; la gruta volvió á tomar su bello color de lapis-lázuli, y su barca se detuvo vacilante cerca de la mia, porque aquel mar tan agitado y atronador en la parte esterior, no tenia en lo interior de la gruta sino un movimiento dulce y callado como el de un lago.

Segun todas las probabilidades, la gruta de lapis-lázuli habia sido ignorada de los antiguos. Ningun poeta habla de ella, y ciertamente con su maravillosa imaginacion, no hubieran dejado los griegos de hacer de ella la mansion de alguna diosa marina de nombre armonioso, y de la que nos hubiesen dejado su historia. Suetonio, que nos describe con tantos detalles las termas y los baños de Tiberio, no hubiese dejado de consagrar algunas palabras á esta piscina natural que el anciano emperador habria elegido sin duda para teatro de algunas de sus monstruosas voluptuosidades. No, acaso la mar llegaba á mayor elevacion en aquella época que al presente, y la maravilla marítima no era conocida sino de Anfitrite y su córte de sirenas, náyades y tritones.

Pero á veces, como Diana sorprendida por Acteon, Anfitrite se enoja contra los indiscretos viageros que la persiguen en su retiro. Entonces, en cortos instantes, sube el mar y cubre la entrada, de modo que los que han entrado no pueden ya salir. En este caso es preciso esperar á que el viento que ha variado repentinamente de E. á O., cambie del S. al N.; y ha sucedido que viageros que han ido para emplear veinte minutos en la gruta de lapis-lázuli, permanecen en ella dos, tres y aun cuatro dias. Asi los bateleros, previendo este accidente, llevan siempre consigo cierta cantidad de una especie de bizcocho destinado á alimentar á los prisioneros. Por lo que hace al agua, filtra por dos ó tres sitios de la gruta con bastante abundancia para que no pueda haber temor de verse atormentado por la sed. Nos quejamos al batelero por haber esperado á tan tarde para contarnos un hecho tan poco tranquilizador; pero nos respondió con una sencillez encantadora:

—¡Caramba, escelencia! si dijera uno eso con anticipacion á los viageros, la mitad de ellos no querrian venir, lo cual seria en perjuicio de los bateleros.

Confieso que despues de saber aquella circunstancia accidental, se habia apoderado de mí cierta inquietud que era causa de que encontrase la gruta de lapis-lázuli infinitamente menos agradable que lo que al principio me habia parecido. Desgraciadamente nuestro batelero nos habia referido aquel detalle en el momento en que nos desnudábamos para bañarnos en aquella agua tan bella y tan trasparente, que no necesita para atraer al pescador, de las armonías de la poética ondina de Goëthe. No quisimos perder los preparativos hechos, terminamos los que nos quedaban por hacer apresuradamente, y sumergimos nuestras cabezas.

Unicamente cuando se está á cinco ó seis pies debajo de la superficie del agua, es cuando se puede apreciar su increible pureza. A pesar del velo que rodea al que se sumerge, ningun detalle se le escapa: se percibe con tanta claridad como á través del aire la menor conchita del fondo ó la mas pequeña estalactita del techo: solo si cada cosa toma un tinte mas oscuro.

Al cabo de un cuarto de hora volvimos á subir cada uno á nuestra barca y nos vestimos sin haber seducido, á lo que parecia, á ninguna de las ninfas invisibles de aquel húmedo palacio, que en caso contrario no hubiesen dejado de retenernos á lo menos veinte y cuatro horas. Esto era humillante; pero como ni el uno ni el otro teniamos la pretension de ser Telémacos, tomamos nuestro partido. Nos recostamos en el fondo de nuestras canoas respectivas, y salimos de la gruta de lapis-lázuli con las mismas precauciones y tan felizmente como habiamos entrado: pero estuvimos seis minutos sin poder abrir los ojos; la deslumbradora claridad del sol nos cegaba. No habiamos dado cien pasos, cuando ya lo que acabábamos de ver no tenia para nosotros sino el valor de un sueño.

Volvimos á abordar al puerto de Caprea. Mientras arreglábamos nuestras cuentas con los bateleros, Pietro nos enseñó un hombre tendido al sol y vuelto el rostro hácia la arena. Era el pescador que nueve ó diez años antes habiá descubierto la gruta de lapis-lázuli, buscando lo que arroja la mar á lo largo de las rocas. Habia ido al punto á dar parte de su descubrimiento á las autoridades de la isla, y las habia pedido ó el privilegio de conducir él solo á los viageros al nuevo mundo que habia descubierto, ó un tanto del precio que se hiciesen abonar los que los condujeran. Las autoridades, que habian visto en este descubrimiento un medio de atraer los estrangeros á su isla, habian accedido á la segunda proposicion; de modo que desde aquel tiempo el nuevo Cristóbal Colon vivia de sus rentas, tras de las que no se tomaba la pena de correr, y que, como se ve, las recibia durmiendo. Era el personage en toda la isla cuya suerte era mas envidiada.

Como habiamos visto todo lo que Caprea podia ofrecer de curioso, volvimos á entrar en nuestra lancha y á llegar al Speronare, el cual aprovechando algunas ráfagas de viento de tierra, desplegó velas y se encaminó dulcemente en la direccion de Palermo.

GAETANO SFERRA.

Bien pronto fuimos sorprendidos de nuevo por la calma. Despues de haber caminado ocho ó diez millas, la brisa cesó, desmintiendo el proverbio que dice que en la mar es donde se halla el viento. Nuestros marineros volvieron á coger sus remos, y marchamos al remo.

En cualquiera otra parte del mundo nos hubiese parecido insoportable esta manera de viajar; pero sobre aquel magnífico mar tirreno, bajo un cielo encantador, á la vista de todas aquellas islas, de todos aquellos promontorios, de aquellos cabos de dulcísimos nombres, la travesía, por el contrario, se convertia en una prolongada y bella ilusion de la fantasía. Aunque estábamos en el 24 de agosto, el calor era moderado por aquella brisa deliciosa é impregnada de olor á marisco, que parece llevar la vida con ella. De cuando en cuando nuestros marineros, para ocultarse á sí mismos la fatiga del ejercicio á que les obligaba la calma, cantaban á coro una cancion en *patois* siciliano, cuyo compás, como si estuviera arreglado al movimiento del remo, parecia inclinarse y levantarse con ellos. Aquel canto tenia algo de dulce y de monótono á la vez, y estaba en admirable consonancia con el enojo pasagero que, en su impaciencia de que llegue lo que espera y de atravesar el espacio que falta, esperimenta el hombre cuando el movimiento que le conduce no está en armonía con la rapidez de su pensamiento. Asi aquella cancion tenia para mí un especialísimo encanto. Es que estaba perfectamente de acuerdo con la situacion; lo estaba con el paisage, con los hombres y con las cosas; es que venia á ser, por decirlo asi, una melodiosa emanacion del alma, en la que el arte no tiene participacion; era como un perfume ó como un vapor que flotando por encima de un valle ó elevándose de los costados de una montaña, completa el paisage en medio del cual nos encontramos, y va á despertar un sentido adormecido, que creia no tener nada que ver con lo que le rodeaba, y se encuentra por el contrario, encantado de improviso hasta el punto de creer que aquella fiesta de la naturaleza es únicamente para él y mirarse como el rey de ella.

Pasó asi el dia sin que hubiésemos hecho mas de doce ó quince millas, y sin que pudiésemos perder de vista ni las costas de la antigua Campania, ni la isla de Caprea: llegó la noche, y con ella leves soplos de brisa, de los que nos aprovechamos para hacer á la vela una ó dos millas, cuya brisa, cesando al punto, nos dejó en la calma mas completa. El aire estaba tan puro, tan trasparente la noche, despedian tanta luz las estrellas, que sacamos nuestros colchones fuera de la tienda, y nos acostamos sobre el puente. Nuestros marineros remaban continuamente, y de cuando en cuando, como para arrullarnos, volvian á entonar su melancólica é interminable cancion.

Pasó la noche sin verificarse cambio alguno en la temperatura: los marineros se habian dividido el trabajo: cuatro remaban constantemente, mientras los otros cuatro descansaban. Llegó por fin el dia, y nos despertó con esa leve sensacion de frescura y malestar que le acompaña. Apenas habriamos hecho otras tres millas durante la noche. Siempre perma-

neciamos á la vista de Caprea, siempre en frente de sus costas. Si continuaba aquel tiempo prometia durar la travesía quince dias. A la verdad era un poco larga. Asi lo que la víspera habiamos encontrado admirable comenzaba á parecernos monótono. Quisimos ponernos á trabajar, pero sin estar indispuestos de modo alguno por el mareo, teniamos el cerebro trastornado lo bastante para comprender que nuestro trabajo seria casi nulo. En el mar no hay término medio: es preciso ó una ocupacion material y activa que nos ayude á pasar el tiempo, ó alguna dulce distraccion de la imaginacion que nos haga olvidarlo.

Como recordábamos con delicia nuestro baño de la víspera y la mar estaba casi en calma, casi tan trasparente y azul como la de la gruta de lápis-lázuli, preguntamos al capitan si habria algun inconveniente en que nos bañásemos mientrasque Giovanni pescaba nuestro desayuno. Como era seguro que iriamos nadando tan ligeros como el Speronare, y que aquel placer en nada retardaria nuestra marcha, el capitan nos respondió que no veia otro inconveniente que el encuentro muy posible de los tiburones, abundantes en aquella época en los parages donde nos encontrábamos, á causa del paso del *pesce spada* (1), á que son sumamente aficionados, á pesar de que éste, con la ayuda de la espada de que la naturaleza le ha armado, les opone una terrible defensa. Como la naturaleza no ha tomado con respecto á nosotros las mismas precauciones que con el *pesce spada*, vacilábamos en ejecutar nuestra proposicion, cuando el capitan nos aseguró que nadando al rededor de la lancha y colocando dos hombres de centinela, uno en la popa y otro en la proa del buque, no corriamos peligro alguno, porque estaba el agua tan trasparente, que se podian percibir los tiburones á una gran profundidad, y advertidos en cuanto apareciese alguno, estariamos dentro del barco antes que llegase cerca de nosotros.

No era bastante esto para tranquilizarnos; asi que estábamos mas dispuestos que nunca á sacrificar nuestra diversion á la seguridad, cuando el capitan, que vió dábamos á aquella circunstancia mas importancia de la que realmente tenia, nos ofreció meterse en el agua con Filippo al mismo tiempo que nosotros. Esta proposicion produjo un doble efecto: en primer lugar nos tranquilizó completamente, y en segundo hirió nuestro amor propio. Como íbamos á hacer con nuestra tripulacion un viage que no dejaba de ofrecer algunos peligros de diferentes especies, no quisimos empezarle dando una pobre idea de nuestro valor. Respondimos, pues, á la proposicion dando órden á los centinelas de ocupar su puesto, y á Pietro de que botase la lancha al agua. Tomadas estas precauciones, bajamos por la escalera. En cuanto al capitan y Filippo, sin andar con tantas ceremonias, se arrojaron por encima de bordo: pero con gran asombro nuestro, no vimos reaparecer sino al capitan; Filippo habia pasado por debajo del buque, con el objeto sin duda, de esplorar á su alrededor. Un instante despues le vimos aparecer por el lado de proa, anunciándonos que no habia descubierto absolutamente nada que pudiese inquietarnos. El capitan, sin tener su fuerza, nadaba tambien admirablemente. Hice notar á Jadin que tenia en el lado derecho del pecho una herida que parecia debida á una puñalada. Como el capitan era buen mozo, y en Sicilia y Calabria las puñaladas se dan mas particularmente á los buenos mozos que á los demas, supusimos que era el resultado de la venganza de algun hermano ó de algun marido, y me propuse preguntar al capitan á la primera ocasion en subiendo al buque.

Al cabo de diez minutos oimos grandes gritos; pero no podiamos equivocarnos, eran gritos de alegría. En efecto, Giovanni acababa de atravesar una magnífica dorada, y avanzaba de popa á babor, llevándola triunfante en el estremo de su harpon, para preguntarnos de qué modo deseábamos comerla compuesta. Era sumamente importante aquel asunto para resolverse sin discusion; volvimos á subir á bordo al instante para examinar el pescado mas de cerca y escoger un condimento digno de él. El capitan y Filippo nos siguieron: se amarró de nuevo la lancha á su puesto, y empezamos á deliberar. Algunas observaciones, que nos parecieron bastante sabias, emitidas por el capitan, nos decidieron por un guiso á la marinera. No sin objeto habia yo llamado al capitan al consejo; no perdia de vista la cicatriz de su pecho, y queria saber la historia de ella. Le invité, pues, á almorzar con nosotros, á pretesto de que, si su parecer respecto al guiso de la dorada era errado, queria castigarle obligándole á comerla toda entera. Al principio se resistió el capitan á aceptar el grandísimo honor que queriamos hacerle; pero viendo que insistiamos, concluyó por acceder. Al punto desapareció por la escotilla, y Pietro se ocupó en los preparativos del almuerzo.

El servicio estaba bien pronto dispuesto. Se colocaba una tabla larga sobre dos pies; esta era la mesa: se echaron nuestros colchones de cuero sobre el puente, y estas eran nuestras sillas. Nos acostábamos como caballeros romanos en nuestro *triclinium* al aire libre, y á la menor seña que haciamos, toda la tripulacion se apresuraba á servirnos.

Al cabo de diez minutos, volvió á aparecer el capitan vestido con su mejor trage, y llevando en la mano una botella de moscatel de Lipari, que despues de muchos rodeos se atrevió á ofrecernos. Aceptamos sin dificultad, y pareció muy satisfecho de nuestra condescendencia.

Era un hombre escelente el capitan Arena,

(1) Pez espada.

y que no tenia otro defecto para nosotros que el de tener para con Jadin y conmigo un escesivo y respetuoso agasajo. Esto impedia que hubiese entre él y nosotros una comunicacion rápida y familiar de pensamientos, con ayuda de la cual esperaba yo profundizar un poco en la vida siciliana. No me quedaba duda que todos aquellos hombres endurecidos en las fatigas, habituados á las tempestades, recorriendo el Mediterráneo en todos sentidos desde su infancia, tendrian acopio de tradiciones nacionales ó de aventuras personales que referirnos, y habia contado con las relaciones de á bordo para entretener aquellas noches orientales, cuya velada es mas dulce que el sueño; pero antes de llegar á este caso, veiamos que habia todavía camino que andar, y comenzábamos por el capitan, á fin de llegar mas tarde y por grados hasta los simples marineros.

Nuestra dorada no se hizo aguardar. Desde que la distinguimos, el olor que se esparcia á su alrededor nos previno en su favor; y bien pronto, con gran satisfaccion nuestra, justificó el sabor su grato perfume. Desde entonces reconocimos el capitan digno de ser doblemente considerado y redoblamos nuestras atenciones.

Habiamos tenido la precaucion, al partir de Nápoles, de hacer cierta provision de vino de Burdeos. Aunque el capitan era de una estremada sobriedad, conseguimos que bebiera dos ó tres vasos. El vino de Burdeos da, como todos saben, cualidades esencialmente tolerantes. Al fin del almuerzo, habiamos llegado á hacerle casi olvidar la distancia que habia puesto entre él y nosotros: un último obsequio concluyó por entregárnosle atado de pies y manos; Jadin le ofreció hacer; para que se le diese á su muger, el retrato de su chico. El capitan se volvió loco de alegría: llamó al señor Peppino que corria por allí en medio de los toneles y los cables con su amigo Milord. El niño acudió para saber lo que se le queria: su padre le esplicó en italiano de lo que se trataba, y sea curiosidad, sea obediencia, se prestó á ello de mejor gana que lo que esperábamos.

Envié á la tripulacion que continuaba remando con toda su fuerza, dos botellas de vino de Burdeos: por lo que respecta á nosotros, destapamos el frasco de moscatel, encendimos los cigarros y Jadin puso manos á la obra.

Pero esto no bastaba, era preciso hacer recaer la conversacion sobre la notable cicatriz que habia llamado mi atencion. Encontré la ocasion hablando de nuestro baño, y alabando al capitan por su manera de nadar.

—¡Oh! en cuanto á eso, escelencia, ese no es un gran mérito, me respondió. Nosotros somos de padres á hijos desde hace doscientos años, verdaderos perros de mar, y siendo muy jóven, atravesé mas de una vez el estrecho de Messina desde la aldea Della Pace á la de San Giovanni, de donde es mi muger.

—¿Y qué distancia hay? pregunté.

—Hay cinco millas, dijo el capitan; pero cinco millas que valen por ocho á causa de a corriente.

—Y desde que estais casado, repliqué yo riendo, ya no os atreveis á hacer semejantes locuras.

—¡Oh! no es desde que estoy casado, respondió el capitan; sino desde que fui herido en el pecho: como el acero me atravesó el pulmon, al cabo de una hora de estar en el agua, me falta la respiracion, y ya no puedo nadar.

—En efecto, he reparado que teneis una cicatriz. ¿Es ocasionada por un duelo ó por alguna casualidad?

—Ni por lo uno ni por lo otro, escelencia. Es efecto de una tentativa de asesinato.

—Y de un infame asesinato, ademas, dijo Pietro, aprovechándose de sus privilegios y mezclándose en la conversacion sin cesar de remar.

La esclamacion, como se comprende bien, no era de naturaleza de disminuir mi curiosidad.

—Capitan, añadí yo, ¿será indiscrecion preguntaros algunos detalles sobre ese hecho?

—Al presente, ya no, respondió el capitan porque nadie mas que yo vive hoy de los cuatro personages que tienen relacion con esto: ademas la dama es religiosa, que es como si estuviera muerta. Voy á contaros todo, por mas que no pueda recordarlo sin cierto remordimiento.

—¡Un remordimiento! Vamos, pues, capitan, no teneis, ¡voto á!... nada de que pueda acusaros vuestra conciencia: os habeis conducido como un bueno y bravo siciliano.

—Creo, sin embargo, que hubiera hecho mucho mejor, replicó el capitan suspirando, en dejar tranquilo al pobre diablo.

—¡Tranquilo! un truhan que os habia envainado tres pulgadas de acero en el estómago. Habeis hecho bien, capitan, habeis hecho bien.

—Capitan, repliqué yo á mi vez, redoblais nuestra curiosidad, y al presente, os prevengo que no os dejo descansar hasta que me hayais contado todo.

—Ea, vamos, niño, dijo Jadin á Peppino, estaos quieto un momento. Estamos ya dispuestos, capitan.

Traduje yo la invitacion á Peppino, y el capitan, dijo:

—Era en 1825, por el mes de mayo, hace de esto mas de diez años, como veis: habiamos ido á Malta para conducir allí un inglés que viajaba por placer, como vos. Era el segundo ó tercer viage que haciamos con este pequeño buque que acababa entonces de comprar. La tripulacion era casi la misma. ¿No es asi Pedro?

—Si, capitan, á escepcion de Sienni: sabeis que entramos en vuestro servicio despues de la muerte de vuestro tio, de suerte que esto casi no ha cambiado.

—Exactamente, replicó el capitan: mi pobre tio murió en 1823.

—¡Oh! Dios mio, si, el 15 de setiembre de 1823, añadió Pietro con una espresion de tristeza de que no hubiera creido susceptible su fisonomia risueña.

—En fin, la muerte de mi pobre tio no tiene nada que ver con todo eso, continuó el capitan suspirando. Al cabo de dos dias estábamos en Malta; debiamos permanecer alli ocho dias todavía, de modo, que en lugar de permanecer en mi buque como debia hacerlo, fuí á renovar conocimientos con antiguos amigos que tenia yo en la Esté-Villete. Los antiguos camaradas me convidaron á comer, y despues de comer fuimos á tomar una taza de café al café Griego. Si alguna vez vais á Malta, id alli á tomar vuestro café, y ya vereis: no es el mas lujoso; pero es el mejor establecimiento de toda la villa, calle de los Ingleses, á cien pasos de la cárcel.

—Bien, capitan, me acordaré de ello.

Acabábamos, pues, de tomar nuestra taza de café; eran las siete de la tarde, y dicho está que era muy de dia. Conversábamos á la puerta, cuando de repente ví desembocar, por el estremo de una callejuela de que forma un ángulo el café, un jóven de veinte y cinco á veinte y ocho años, pálido, despavorido, sin sombrero, en fin, fuera de sí. Iba á dar en la espalda al que estaba á mi lado para que reparase en aquella singular aparicion, cuando de repente el jóven vino derecho á mí, y antes que hubiese tenido tiempo de pensar en defenderme, me da una puñalada en el pecho, deja el puñal en la herida, se vuelve á escapar como habia venido, vuelve la esquina de la calle, y desapareció.

Todo esto fué negocio de un segundo. Nadie vió que yo estaba herido, y aun yo mismo apenas lo sabia. Todos se miraban asombrados, y repetian el nombre de Gaëtano Sferra. Entretanto yo sentia debilitarse mis fuerzas.

—¿Qué te ha hecho ese truhan de Giuseppe? me dijó el que estaba á mi lado; ¡qué pálido estás!

—¿Qué me ha hecho? respondí yo, toma. Cogí el puñal por el mango, y le saqué de la herida: toma, he aqui lo que me ha hecho. En seguida, como me iban faltando las fuerzae, me senté sobre una silla porque conocí que me iba á caer.

—¡Al asesino, al asesino! gritaron todos. Es Gaëtano Sferra. Le hemos reconocido, es él. ¡Al asesino!

—Si, si, murmuré yo maquinalmente; si, es Gaëtano Sferra. ¡Al asesino! al asesi.... ¡A fé mia! todo habia concluido; cerré mis ojos.

—No es estraño, dijo Pietro; tenia tres puñaladas de acero en el pecho; con mucho menos se cierra el ojo.

—Estuve dos ó tres dias sin conocimiento, no sé precisamente cuánto tiempo. Cuando volví en mí, encontré á Nunzio, el piloto que tengo hoy, á mi cabecera: no me habia abandonado el viejo cuervo marino. Asi, bien lo sabé, entre nosotros todo es comun, una amistad hasta la muerte. ¿No es esto, Nunzio?

—Si, capitan, respondió el piloto quitándose la gorra como tenia costumbre de hacerlo cuando respondia á cualquiera de nuestras preguntas.

—¡Hola! le dije yo, piloto, ¿erais vos?

—¡Oh! me reconocia, esclamó el piloto, me reconocia. Luego aquello iba bien.

—Ya veis á Nunzio; no es muy alegre, ¿no es verdad?

—No, á lo menos su aspecto no es de serlo.

—Pues bien, he aqui que se pone á bailar como un loco alrededor de mi cama.

—Es que estaba contento, dijo el piloto.

—Si, replicó el capitan, estabas contento, mi viejo amigo, bien se conocia. ¿Pero de dónde he venido yo? le pregunté.—¡Ah! venis de lejos, me respondió. En efecto, yo comenzaba á reunir mis recuerdos. Si, si, es cierto, dije. Me acuerdo, es un truhan que me ha dado una puñalada; ¡y bien! al menos, ¿está preso el asesino?

—Perfectamente, si, ¡preso! dijo el piloto: todavía está libre.

—Sin embargo, se sabia quién era, dije yo. Era, era, aguarda, le llamaban, era Gaëtano Sferra, me acuerdo bien.

—Pues bien: estais en un error, capitan, no era él. Hay en esto una infame historia.

—¡Cómo! ¿no era él?

—¡Ah! no, no podia ser él, puesto que Gaëtano Sferra habia sido por la mañana sentenciado á muerte por haber dado una puñalada: estaba por tanto preso, aguardando un sacerdote, y debia ser ejecutado á la mañana siguiente. Debia ser alguno que se le pareciese, acaso algun hermano gemelo.

—¡Ah! dije yo. Por mi parte no sé si es él; no le conocia.

—¡Cómo! ¿ni de vista?

—Absolutamente de nada.

—¡Hum! ¿no habrá sido por algun negocio de amor?

—No, palabra de honor, mi viejo, no tenia ningun galanteo en Malta.

—¿Y no sabeis por qué os tenia mala voluntad aquel desalmado?

—Lo ignoro.

—Entonces no hablemos mas.

—Es igual, repliqué yo, siempre es una primada tener una puñalada en el pecho, y no saber por qué se ha recibido, ni quién os la ha dado. Pero si alguna vez le encuentro, es negocio mio, Nunzio; no te digo mas.

—Y tendreis razon, capitan. En este momento Pietro abrió la puerta de mi cuarto.

—¡Eh! piloto, dijo, ahí está el juez.

—¡Calla! ¿tú tambien aqui, Pietro? esclamé yo.

—Si, capitan, estoy aqui, y de aqui no me he separado todavía.

Efectivamente era cierto; estaba en la antealcoba para impedir que se hiciese ruido; y como habia oido que conversábamos Nunzio y yo, habia abierto la puerta.

—¿Con que va mejor? dijo Vicenzo asomando á su vez la cabeza.

—Asi, asi; pero, repliqué yo, ¿estais, pues, todos aqui?

—No, estamos los tres solos, capitan, los demas están en el Speronare: solo que vienen dos veces al dia á saber como seguis.

—Y como os decia, capitan, dijo Pietro, ahí está el juez.

—¡Y bien! Que entre el juez.

—Capitan, es que no está solo.

—¿Con quién está?

—Está con el que han cogido como vuestro asesino.

—¡Ah! ¡ah! dije yo.

—Os pido perdon, señor juez, dijo Nunzio; el capitan no está completamente bueno de la cabeza, porque solo hace un cuarto de hora que ha abierto los ojos, y diez minutos que habla, y tenemos miedo.

—Entonces volveremos mañana, dijo una voz.

—No, no, respondí yo, puesto que estais aqui, entrad al momento.

—Entrad, puesto que el capitan lo quiere, replicó Pietro abriendo la puerta.

Entró el juez, iba seguido de un jóven que tenia las manos atadas y que era conducido por soldados; detrás del jóven seguian dos individuos vestidos de negro: eran los escribanos.

—Capitan Arena, dijo el juez, ¿sois efectivamente el que ha sido herido de una puñalada á la puerta del café Griego?

—¡Pardiez! si, efectivamente soy yo, y la prueba (levanté la camisa y enseñé mi pecho) es que aqui teneis el golpe.

—¿Reconoceis, continuó señalándome al preso, en este jóven al que os ha herido?

Mis ojos se encontraron en aquel momento con los del jóven, y reconocí su mirada como ya habia reconocido su fisonomía; pero como yo sabia que mi declaracion era su sentencia de muerte, vacilé en contestar.

El juez vió lo que pasaba en mi interior; se dirigió hácia el crucifijo suspendido en la pared, le tomó, y llevándole á donde yo me hallaba:

—Capitan, me dijo, jurad sobre este Cristo decir la verdad, nada mas que la verdad.

Vacilaba yo.

—Haced el juramento que se os pide, dijo el preso, y hablad segun vuestra conciencia.

—¡Y bien! ¡á fé mia! repliqué yo, puesto que asi lo quereis....

—Si, os lo ruego.

—En ese caso, añadí poniendo la mano sobre el Crucifijo, juro decir la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad.

—Bien, dijo el juez. Ahora responded. ¿Reconoceis en este jóven al que os ha herido de una puñalada?

—Le reconozco bien.

—¿Entonces asegurais que es él?

—Lo aseguro.

Se volvió hácia los dos escribanos.

—Ya lo veis, dijo, el mismo herido se engaña por esta estraordinaria semejanza.

En cuanto al jóven, un rayo de alegria pasó por su fisonomía. Encontré esto un poco estraño, porque me parecia que lo que yo acababa de declarar, no debia hacerle reir.

—¿Asi que insistís, repuso el juez, en afirmar que este jóven es el mismo que os hirió?

Sentí que la sangre se agolpaba á mi cabeza, porque como conoceis, parecia que queria decir que yo mentia.

—¿Si persisto? ya lo creo, ¡pardiez! Y por señas que llevaba la cabeza descubierta, iba vestido con un redingot negro y un pantalon gris, y salia de la callejuela que conduce á la cárcel.

—Gaëtano Sferra, dijo el juez, ¿qué teneis que oponer á esta declaracion?

—Que ese hombre se engaña, respondió el preso, como están equivocados todos los que estaban en el café.

—Es evidente, dijo el juez volviéndose segunda vez hácia los escribanos.

—¡Que me engaño yo! esclamé incorporánme á pesar de mi debilidad; ¡muy bien! ved ahí una cosa exacta. ¡Ah! ¡que me engaño yo!

—¡Capitan, esclamó Nunzio, capitan! ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

—¡Ah, yo me engaño! añadí. Pues bien, os digo que no me engaño.

—El médico, el médico, esclamó Pietro.

En efecto, el esfuerzo que habia yo hecho al incorporarme, habia descompuesto el apósito, y mi herida se habia vuelto á abrir, de manera que sangraba bastante. Me sentí desfallecer de nuevo; todo el cuarto daba vueltas á mi alrededor, y en medio de todo esto veia los ojos del preso fijos sobre mí con una espresion de alegría tan estraña, que hice aun un esfuerzo para saltar sobre su cuello y estrangularle. Este movimiento agotó la poca fuerza que me quedaba: una nube sangrienta pasó por delante de mis ojos; me ahogaba, me eché hácia atrás, y ya no sentí mas: habia vuelto á caer en mi desmayo.

Esto no duró mas que siete ú ocho horas, y volví en mí como la primera vez. Esta, el médico estaba cerca de mí: le habia llevado Pietro, y Nunzio no le habia querido dejar marchar. Intenté hablar; pero me puso un dedo sobre la boca haciéndome señal de que callara. Estaba tan débil, que obedecí como un niño.

—Vamos, va mejor, dijo el médico. Mucho silencio, dieta la mas rigurosa y humedecerle de cuando en cuando la herida con cocimiento de malvavisco. Todo irá bien. Sobre todo, no dejeis que le vea nadie.

—¡Ah! en cuanto á eso, podeis estar tranquilo. Aunque fuera el Padre Eterno el que llamase á la puerta, le responderia: ¿Preguntais por el capitan?—Si.—¡Pues bien! Padre Eterno, no está....

—Y ademas, por otra parte, dijo Pietro, los demas estábamos alli para vigilar la entrada y enviar á pasear á los jueces y escribanos si se presentasen.

—De tal modo se hizo, y para abreviar, añadió el capitan, que nadie entró sino el médico, á nadie hablé sino cuando me dió permiso, y todo marchó bien, como habia predicho. Al cabo de un mes me sostuve sobre mis piernas: al cabo de seis semanas pude volver á ir al buque. Por lo que hace al inglés habia marchado; pero era un hombre muy generoso. Habia pagado á Nunzio el precio convenido, como si hubiese hecho todo el viage, y aun habia dejado una gratificacion para la tripulacion.

—Si, si, dijo Pietro, á quien sin duda no desagradaba darme el modelo de la generosidad del inglés, tres piastras á cada uno, Asi que bebimos alegremente á su salud, ¿no es verdad?

—¡Caramba! bien lo merecia, respondió en coro la tripulacion.

—Y vos, capitan, ¿qué hicisteis?

—¿Yo? ¡Y bien! El mar me reanimó. Respiré á satisfaccion, abria la boca de modo que se hubiese creido que queria tragarme todo el viento que venia de la Grecia; un magnífico viento, en verdad. Si le tuviéramos nosotros para conducirnos á Palermo, bien pronto estariamos alli; pero no le tenemos.

—Acaso no tardaremos mucho en tener otra cosa, dijo el piloto; pero esta no será aquello.

—Algo de jaloque (1), ¡eh! ¿No es eso, abuelo? preguntó el capitan.

Nunzio hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Y despues? repliqué yo queriendo continuase su historia.

—¡Y bien! volví á la aldea Della Pace, donde mi muger que habia quedado embarazada de Peppino, habia tenido tan gran susto, que habia parido antes de tiempo. Felizmente no habia resultado ningun mal por eso ni á la madre ni al hijo; y desde entonces me siento bien, á no ser, como os he dicho, cuando nado mucho tiempo, que me falta la respiracion.

—Pero no es eso todo, dije al capitan, ¿tuvisteis al cabo la esplicacion de aquel singular quid pro quo?

—Esperad, pues, contestó, estamos únicamente á la mitad de la historia, y es lo mejor lo que me resta por contaros.

¡Desgraciadamente yo creo que aqui es donde yo estaba desacertado!

—Pues no, no, dijo Pietro; os digo que no.

—¡Hum! ¡hum! murmuró el capitan.

—Ya os escucho, insistí.

—Habia trascurrido un año desde que habia sucedido la aventura, cuando se me proporcionó ocasion de volver á Malta. Mi muger no me queria dejar ir; ¡pobre muger! creia que esta vez dejaria alli mis huesos; pero la tranquilicé. Ademas precisamente el que me hubiera ido mal en el primer viage, era precisamente una razon para que me fuera bien en el segundo: asi acepté el cargamento. Esta vez no se trataba de viageros, sino de mercancias.

En efecto, la travesía fué escelente; era de buen agüero. Sin embargo, lo confieso, no tenia una gran satisfaccion en entrar en Malta; asi que despachados mis asuntos, me volví al momento al Speronare. Inmediatamente iba al partir á la mañana siguiente, y cuando iba á reconciliar el sueño en el camarote, entró Pietro.

—Capitan, me dijo, perdonad si os despierto; pero está ahi una muger que dice que tiene necesidad de hablaros para negocios.

—¡Una muger! ¿y dónde está esa muger? pregunté restregándome los ojos.

—Está abajo, en una lanchita.

—¿Enteramente sola?

—Con un remero.

—¿Y quién es esta muger?

—La he preguntado su nombre; pero me ha contestado que eso no me importaba, que queria veros, y no á mí.

—¿Es jóven? ¿es bella?

—¡Ah! eso es otra cosa; no puedo decirlo, porque lleva echado un velo, y es imposible ver nada á través de él.

Efectivamente, tenia el aspecto de religiosa, interrumpió Pietro.

—Entonces, hacedla subir, dije yo.

Salió Pietro. Me coloqué detrás de una mesa, y abrí con cuidado mi navaja. Me habia vuelto sumamente desconfiado desde mi aventura, y como no conocia mugeres, pensé que pudiera muy bien ser un hombre disfrazado. Pero una vez prevenido, no hay cuidado. Hombre prevenido, como se dice, vale por dos. Ademas, sin jactancia, tambien manejo bastante hábilmente la navaja.

—Ya lo creo, dijo Pietro; sois modesto, capitan. Escelencia, donde veis al capitan, es el mas hábil en el manejo del arma que conozco. A una pulgada, á dos, á toda la hoja, se bate como se quiera, le es completamente indiferente.

—Pero al primer golpe de vista, continuó

(1) Viento entre Levante y Mediodia en el Mediterráneo.

N. del T.

el capitan, me convencí de que me habia equivocado, y que efectivamente era una muger; y una infeliz muger que tenia mucho miedo, porque bajo su velo se conocia que temblaban todos sus miembros. Volví á guardar mi navaja en el bolsillo y me aproximé á ella.

—¿Qué puedo hacer por serviros? la pregunté.

—¿Sois el capitan de este pequeño buque? me dijo.

—Si, señora.

—¿Teneis algun negocio que os detenga en el puerto?

—Espero partir mañana por la mañana.

—¿Teneis pasageros malteses?

—Ninguno.

—¿Os dirigis particularmente á un punto determinado de Sicilia?

—Espero entrar en el puerto de Messina.

—¿Quereis ganaros cuatrocientos ducados?

—¡Linda pregunta! ya lo creo, ¡voto á! que lo quiero, siempre que, comprendedlo bien, el negocio no me comprometa.

—De ningun modo.

—¿Qué es preciso hacer?

—Es preciso que vayais esta noche con vuestro Speronare á la puerta de San Juan, á la una de la madrugada. Enviareis vuestra lancha á tierra. Un pasagero esperará en la costa; os dirá *Sicilia* y le respondereis *Malta*. Le conducireis á bordo, y le dejareis en el punto de la Sicilia que mas os convenga. He aqui todo.

—¡Cómo! eso es fácil, respondí yo; y decis que por eso....

—Se da una paga de cuatrocientos ducados, doscientos al contado: aqui están (la desconocida sacó una bolsa y la arrojó sobre la mesa), los otros doscientos os serán entregados por el mismo pasagero en desembarcando.

—¡Ah! pero decidme, repliqué yo, será preciso á lo menos que os haga yo una obligacion, un recibo, alguna cosa, un papelillo cualquiera en fin.

—¿Con qué objeto? O sois un hombre honrado ó no lo sois. Si sois hombre honrado, vuestra palabra basta; sino lo sois, conocereis que todas las precauciones que yo tome, el secreto que os exija, vuestro papel en fin, no podrian servirme de nada, y no estoy en el caso de hacerle valer ante los tribunales.

—¿Por qué casualidad os habeis dirigido á mi entonces?

—Me paseaba hoy por el puerto, no sabiendo á quien dirigirme para el servicio que reclamo de vos. Os he visto pasar, vuestra franca fisonomía me ha satisfecho, habeis saltado á vuestra lancha; habeis venido derecho al buque en que estamos, y he adivinado que érais el capitan de él: he esperado la noche; una vez llegada ésta, me he hecho conducir á mi vez, he pedido hablaros, y héme aqui.

—¡Oh! En cuanto á lo de ser franco y honrado, respondí yo, no podíais haberos dirigido mejor.

—¡Y bien! eso es todo lo que necesito, respondió la desconocida tendiéndome la mano, una linda manita, ¡á fé mia! que yo tenia gran deseo de coger y besar; es cosa convenida.

—Teneis mi palabra.

—¿No olvidareis la palabra de señal?

—Sicilia y Malta.

—Está bien; á la una, en la puerta de San Juan.

—A la una.

La incógnita volvió á la lancha, y saltó en tierra: á las diez levamos ancla. La puerta de San Juan es una especie de cabo que avanza en el mar hácia la parte meridional de Malta, á legua y media de la ciudad, el que por mar distaba cinco ó seis millas casi. Pero como era malo el viento, era preciso atravesar esta distancia al remo; como comprendereis, no habia tiempo que perder.

A las doce y media de la noche estábamos á media milla de la puerta de San Juan. No queriendo aproximarme mas por temor de ser visto, permanecí al pairo, y envié á Pietro á tierra con la lancha. Le vi confundirse en la oscuridad, borrarse con la costa y desaparecer: un cuarto de hora despues volvió á aparecer. El pasagero venia sentado en la popa de la lancha; es claro que todo habia salido bien.

Yo habia hecho preparar el camarote lo mejor posible: habia hecho trasladar á él mi propio colchon; por otra parte, como con el viento que soplaba debiamos estar la mañana siguiente en Messina, me hice la reflexion de que por mas descontentadizo que fuese nuestro huésped, una noche se pasa al instante. Ademas, hay circunstancias durante las cuales las gentes mas delidadas pasan voluntariamente por ciertas cosas, y preciso es decirlo, nuestro pasagero me parecia estar en una de esas circunstancias.

Estas reflexiones hicieron que por delicadeza y por no parecer demasiado curioso, bajase yo al entrepuente, mientras que él subia á bordo. Por su parte el pasagero se fué derecho al camarote sin mirar á nadie y sin decir una sola palabra; lo único que hizo fué dejar dos onzas (1) en la mano que Pietro le alargó para ayudarle á subir la escalera. Al cabo de cinco minutos, luego que estuvo amarrada la lancha, vino Pietro á mi lado.

—Tomad, capitan, me dijo, ved aqui dos onzas mas que añadir al fondo.

—No tienen, como veis, dijo el capitan interrumpiendo su relacion, mas que una bolsa para todos: yo soy el cajero; al fin del viage hago la cuenta de cada uno, y todo está hecho.

(1) La onza es una moneda siciliana que vale 12 francos.

—Y bien, pregunté á Pietro; ¿qué ha pasado?

—Todo pasó perfectamente, respondió; el que esperaba estaba allí con la velada muger que habia venido á bordo, y me pareció que él estaba impaciente de verme, porque apenas me distinguió, cuando la abrazó y llegó hasta mí con el agua hasta las rodillas: entonces cambiamos las palabras convenidas, y subió á bordo. Mientras la muger pudo verle, permaneció en la costa mirándonos y saludándonos con su pañuelo. Despues, cuando ya estábamos demasiado lejos, oimos una voz que nos gritaba ¡buen viage! Todavía era ella, la pobre muger.

—¿Y has visto á nuestro pasagero?

—No, se ha ocultado el rostro con la capa, pero por su voz y su aire, tiene el aspecto de un jóven; probablemente amante de la otra.

—Está bien; ve á decir á los camaradas que desplieguen velas, y á Nunzio que dirija á Messina.

Pietro subió al puente, trasmitió la órden que yo habia dado, y diez minutos despues marchábamos que daba gozo. No tardé en seguirle al puente: no sé por qué no podia dormir. Ademas, estaba el tiempo tan hermoso, soplaba tan buen viento, alumbraba una luna tan clara, que era imperdonable encerrarse en un entrepuente con semejante noche.

Encontré el puente solitario: todos los compañeros habian entrado en su escotilla y dormian á pierna suelta: nadie mas que Nunzio velaba como de costumbre; pero como estaba oculto tras el camarote, no se le veia; de modo que se hubiera creido que el buque marchaba solo.

Eran cerca de las dos y media de la madrugada; habiamos dejado á Malta muy lejos detrás de nosotros, y me paseaba á lo largo y á lo ancho sobre el puente, pensando en mi muger y en los amigos, á los que ibamos á volver á ver, cuando de repente vi que se abrió el camarote y apareció el pasagero. Su primera mirada fué para asegurarse del lugar en que nos hallábamos. Vió á Malta, que ya no se distinguia sino como un punto negro, y me pareció que al verla respiraba mas libremente. Esto me recordó las precauciones que habia tomado para subir á bordo; y temiendo contrariarle permaneciendo sobre el puente, me dirigí hácia la escotilla de proa para entrar en el entrepuente, cuando dando dos ó tres pasos hácia mí:

—Capitan, me dijo.

Me estremecí; me parecia haber oido aquella voz en alguna otra parte, y lo recordaba como un sueño. Me volví prontamente.

—Capitan, continuó avanzando hácia mí; ¿pensais, si continúa este viento, que llegaremos mañana á la noche á Messina?

Y á medida que se aproximaba, creia reconocer su fisonomía, como habia reconocido su voz. A mi vez, dí algunos pasos hácia él: entonces se detuvo mirándome fijamente y como petrificado. Conforme se iba disminuyendo la distancia entre nosotros, acudian mis recuerdos, y mis sospechas se cambiaban en certeza. En cuanto á él, era visible que hubiera querido mejor estar en cualquiera otra parte que donde estaba; pero no tenia medio de huir; estábamos rodeados de agua, y la tierra estaba ya á mas de tres leguas. Sin embargo, retrocedió delante de mí, hasta que el camarote le impidió ir mas atrás. Yo continué avanzando hasta que nos encontramos frente á frente. Nos miramos un instante sin decir nada, él pálido y ceñudo, yo con la sonrisa en los labios, y sin embargo, conocia que tambien yo palidecia, y que toda mi sangre se agolpaba al corazon; por fin, él rompió primero el silencio.

—Sois el capitan Giuseppe Arena, me dijo con una voz sorda.

—Y vos el asesino Gaëtano Sferra, respondí.

—Capitan, replicó, sois un hombre honrado, tened piedad de mí, no me perdais.

—¿Que no os pierda? ¿cómo entendeis eso?

—Lo entiendo porque no me entregareis; en llegando á Sicilia doblaré la suma que se os ha prometido.

—He recibido doscientos ducados por conduciros á Messina; vos debeis darme otros doscientos al desembarcar; tomaré lo que está estipulado; ni un maravedí mas.

—¿Y cumplireis la obligacion que os habeis impuesto, ¿no es eso? de dejarme en tierra sano y salvo?

—Os dejaré en tierra sin que os falte un cabello de vuestra cabeza; pero una vez en tierra, tenemos que arreglar una pequeña cuenta; os debo una puñalada para que estemos pagados.

—¿Me asesinareis, capitan?

—¡Miserable! le dije, asesinar es propio de tí y de tus semejantes.

—¡Y bien! entonces ¿quereis decir?

—Quiero decir que puesto que jugais tan bien la navaja, la jugaremos los dos; todas las ventajas están de vuestra parte; teneis ya ganada la primera baza.

—Pero yo no sé batirme á navaja.

—¡Bah! dejad eso, dije yo desabrochando mi camisa y enseñándole mi pecho; no es á mí á quien se puede decir eso: por otra parte, no es eso difícil: se mete cada uno en un tonel, se ata el brazo alrededor del cuerpo, se conviene en batirse á una pulgada, á dos pulgadas ó á toda la hoja, y se acciona. En cuanto á este último punto ya está arreglado, y salvo vuestro parecer, nos batiremos á toda la hoja, porque vos heristeis tan bien, que no quedó una línea fuera de la herida.

—¿Y si rehuso?

—¡Ah! si rehusais, es otra cosa: os pondré en tierra como os he dicho, os daré una hora para ganar la montaña, y despues daré parte al juez: entonces ya podeis libraros, porque si sois cogido, miradlo bien, sereis ahorcado.

—¿Y si acepto el duelo y os mato?

—Si me matais, ¡y bien! todo está concluido.

—¿No se me perseguirá?

—¿Quién? ¿mis amigos?

—No, la justicia.

—¡Pues qué! ¿habrá un solo siciliano que declare contra vos porque me hubiéseis matado lealmente? Por haberme asesinado, enhorabuena.

—¡Pues bien! me batiré, está dicho.

—Entonces, dormid tranquilo; volveremos á hablar de esto en Contessi ó en la Scaletta. Hasta allí el buque es vuestro, puesto que le pagais: paseaos por aquí como querais; yo entro en mi aposento.

Bajé por la escotilla. Desperté á Pietro y le referí todo lo que acababa de pasar. En cuanto á Nunzio, era inútil contárselo; lo habia oido todo.

—Está bien, capitan, dijo Pietro; estad tranquilo, no le perderemos de vista.

El dia siguiente á las dos de la tarde llegamos á la Scaletta; dí órdenes á la tripulacion acerca del buque, y entramos en la lancha Gaëtano Sferra, Pietro, Nunzio y yo.

Desembarcamos: Nunzio y Pietro se colocaron uno á derecha y otro á izquierda de nuestro hombre, por temor de que tuviera deseo de escaparse: se apercibió de ello.

—Vuestras precauciones son inútiles, capitan, me dijo; desde el momento en que se trata de un duelo, sea á pistola, á sable ó á navaja, me es indiferente el arma, soy vuestro hombre.

—Así, repliqué yo, ¿me dais vuestra palabra de honor de que no intentareis escaparos?

—Os la doy.

Hice una seña á Nunzio y á Pietro, y le dejaron marchar solo.

—Era igual, dijo Pietro mezclándose de nuevo en la conversacion, no le perdíamos de vista un instante.

—No importa. Es lo cierto, replicó el capitan, que á contar desde aquel momento nada hay que decir de él.

—Por eso no digo nada, dijo Pietro.

—Continuamos siguiendo el camino, y al cabo de diez minutos estábamos en casa del tio Mateo, un pobre abuelo siciliano completo, y que tiene una posada pequeña en el *Ancora de Oro*.

—Buenos dias, tio Mateo, le dije. Hé aquí de lo que se trata: hemos tenido algunas palabras el señor y yo y quisiéramos regalarnos mútuamente una puñalada. ¿Tendreis un cuarto que alquilarnos para esto, no es cierto?

—Dos, hijos mios, dos, dijo el tio Mateo.

—No, dos seria demasiado, campechano, uno solo bastará. Despues, si resultase algo, (somos mortales, y una desgracia puede suceder con la mayor facilidad); en fin, si resultase alguna cosa, ya sabeis lo que hay que decir. Que estábamos comiendo el señor y yo, hemos armado una disputa, hemos tirado de las navajas, y nada mas: bien entendido que si uno queda muerto, éste será el que tendrá toda la culpa.

—Ya, eso no hay necesidad de decirlo, respondió el tio Mateo.

—Si yo mato al señor, no tengo ninguna recomendacion que haceros, se le enterrará decentemente y como un vecino debe ser enterrado; pago yo. Si el señor me mata en el Speronare hay con que hacer frente á los gastos. Ademas, tengo crédito con vos, ¿no es esto, tio Mateo?

—Sin duda, no seria la primera vez, capitan.

—No; pero esta seria la última. En este caso, tio Mateo, comprended bien esto: muerto yo, el señor es libre como el aire, ¿lo entendeis bien? Va donde quiere y como quiere; y si le prenden, soy yo quien he provocado la disputa: yo estaba provocándole, habia bebido demasiado y me ha dado lo que merecia: ¿entendeis?

—Perfectamente.

—Ahora, preparad la comida, abuelo. Tú, Pietro: ves á comprar dos navajas exáctamente iguales; tú sabes como se necesitan. Tú, Nunzio, irás á ver al cura. A propósito, repliqué yo volviéndome hácia Gaëtano que habia escuchado todos estos detalles con una gran indiferencia, debo preveniros que yo mando decir una misa: no se dirá hasta mañana por la mañana; pero es igual, la intencion es esa. Si quereis mandar por vuestra parte decir otra para que no tenga yo ventaja sobre vos, y que Dios no esté ni por uno ni por otro, sois dueño de hacerlo: fray Girolamo es el que dice las mejores.

—Gracias, me respondió Gaëtano; espero no os imaginareis que yo crea en todas esas necedades.

—¡No creis en eso! ¿Qué no creeis, decís? Tanto peor; yo sí creo, señor. Nunzio, irás tú á mandar decir la misa en casa de fray Girolamo, ¿entiendes? y no á ningun otro.

—Estad tranquilo, capitan.

Pietro y Nunzio salieron para hacer cada uno el encargo que se les habia confiado. Quedé solo con Gaëtano Sferra y el tio Mateo.

—Ahora, señor mio, dije aproximándome á Gaëtano, si en el instante á que hemos llegado, no teneis nada que hacer con Dios, teneis ciertamente que hacer algo con el mundo. Tendreis un padre, una madre, una querida, alguien, en fin, que se interese por vos y que os quiera. Mateo, papel y tintero. Haced como yo, escribid á esa persona, y si os mato, ¡á fé de Arena! la carta será religiosamente enviada.

—Eso es otra cosa, y teneis razon, dijo Gaëtano tomando el papel y tintero de manos del tio Mateo, y poniéndose á escribir.

Me senté en una mesa que estaba frente de la suya, y me puse tambien á escribir. Es-